

RUSIA

Por
LUIS GONZALO MEJÍA
 lgm@une.net.co



En verdad, tengo una enorme admiración por el pueblo ruso y esta admiración comenzó con lo ocurrido entre septiembre de 1942 y febrero de 1943 en la hermosa ciudad de Stalingrado. ¿Y que fue lo que ocurrió allí, que pudiera despertar el interés de alguien de un país tan lejano?

En 1941, con un ejército de más de cuatro millones de soldados, Alemania inició la operación Barbarroja, dirigida contra las ciudades de Leningrado (San Petersburgo), Moscú y Stalingrado (Volgogrado). Esta campaña alemana en Rusia, fue la más sangrienta de la historia de la humanidad, pero de todas las batallas, la de Stalingrado, ha quedado grabada en

el recuerdo, como única, por los actos de locura, crueldad y heroísmo que allí se vivieron.

En un mismo tiempo y en un mismo lugar, convivían, por el lado Alemán, el desespero y el hambre del VI ejército, abandonado a su suerte por Dios y por su pueblo, lo que llevó a los soldados a comerse los cadáveres de sus compañeros muertos, y por el lado ruso, el heroísmo sin igual de un pueblo, en donde jóvenes adolescentes pasaban días disparando cañones, defendiendo su ciudad, pues los hombres estaban en el frente y, con una valentía nunca antes encontrada en otro pueblo, vencieron al poderoso ejército alemán y obligaron a la rendición honorable del mariscal de campo *Friedrich Wilhelm von Paulus*. El recuerdo de esa batalla que marcó el comienzo de la derrota total de los ejércitos del fñhrer, está plasmada en la imponente estatua de 115,0 metros de altura dedicada a la Madre Patria que se yergue victoriosa en la cima de la colina por la que dieron la vida miles de soldados de ambos bandos: el Mamaev Kurgan.

El pueblo ruso, asentado en esa vastedad llena de contrastes, de belleza y de maldad, ha dejado huellas perdurables para la humanidad. En el pasado, las obras del príncipe Nevski y las del zar *Pedro el Grande*, que con su esposa *Catalina I*, comprendieron el momento histórico

que vivían, y convirtieron a Rusia, esa tierra de Tártaros y Cosacos, en una nación grande, dejando para la humanidad el legado de la más bella de las ciudades, San Petersburgo, asentada al lado del río Neva, en cuya margen izquierda, construyeron el majestuoso palacio de invierno y comenzaron uno de los museos más hermosos del mundo: El Ermitage, ampliado y terminado posteriormente por la noble alemana *Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst*, conocida como Catalina la grande.

La religiosidad de este pueblo maravilloso, lo llevó a construir iglesias, de tal magnificencia que allí el espíritu se puede regocijar, acompañado por la música sublime de la religión ortodoxa rusa.

Ahora, con ayuda de las naciones occidentales y su apetito voraz, fue derrocado el presidente constitucional de Ucrania, la vecina y aliada por siglos de Rusia, reemplazándolo por un guerrillero presidente prooccidental, que ha convertido el este de Ucrania, habitado por ciudadanos rusos, en un campo de guerra y de muerte.

Ante esta situación, que pone en peligro a la misma Federación Rusa, no le queda otro camino al señor Putin que auxiliar a los ciudadanos rusos, que por ese vaivén de las fronteras divagantes que han existido en Europa, viven en tierras de Ucrania ■